

Fernando Larraz / Diego Santos Sánchez (eds.): *Poéticas y cánones literarios bajo el franquismo*. Madrid / Frankfurt/M.: Iberoamericana / Vervuert 2021 (La Casa de la Riqueza. Estudios de la Cultura de España, 58). 326 páginas.

Entre el 19 y el 22 de noviembre de 2019 se celebraba en Alcalá de Henares

el “Congreso Internacional Literatura y Franquismo. Ortodoxias y Heterodoxias”. Aunque no se señala en el libro que reseñamos, presumiblemente de allí se toman buena parte de los trabajos que componen *Poéticas y cánones literarios bajo el franquismo*. De aquel congreso se han debido espigar las comunicaciones más meritorias o aquellas que de forma más articulada participan del espíritu que informa el presente volumen en el que se propone “una reflexión transversal sobre los condicionamientos que la dictadura impuso en la producción, la configuración estética, la difusión, la recepción y la canonización de la literatura entre 1939 y 1975”, según se lee en la contraportada.

Los estudios acerca del franquismo, su incidencia sobre el campo de la cultura o su proyección sobre la España actual no han pasado en estos casi cincuenta años desde la muerte del dictador de moda. Los trabajos de carácter histórico o cultural no dejan de sucederse, si bien el campo es tan vasto que siempre caben aproximaciones novedosas que abren nuevas sendas exploratorias. De esos caminos escasamente transitados puede ser una buena muestra el capítulo dedicado en este volumen a la literatura filipina escrita en castellano que también contó con su peculiar fauna ditirámica hacia el régimen dictatorial surgido tras el “alzamiento” del 18 de julio del 36.

En la introducción, los editores, Fernando Larraz y Diego Santos Sánchez, establecen el marco de referencia de la obra, centrándose en una idea básica: la irrupción de la dictadura franquista supuso un brusco cambio de timón en el rumbo de la literatura española. Para caracterizar de forma más precisa tal suceso emplean el

término “anomalía”, de tal forma que, entienden, dicha literatura se verá “sometida durante cuatro décadas a una nueva serie de reglas que alterarían irremediablemente el que habría sido su *desarrollo natural*” (p. 14, la cursiva es nuestra). Desde luego, todos los estudios de la literatura española toman como parteaguas histórico el estallido de la Guerra Civil que divide en dos grandes periodos el siglo xx. Como apuntan los editores, la existencia de una rígida censura y el fenómeno del exilio son dos elementos capitales de esa “anomalía” española que sin duda mediatizan la labor de los escritores y la recepción de su obra. Más controvertido puede ser quizá el uso del término “desarrollo natural”, pues para una parte importante de la sociedad española tal desarrollo debía orientarse, como de hecho sucedió al menos en una considerable franja de años, por el lado del tradicionalismo, siguiendo en este punto las enseñanzas de don Marcelino Menéndez Pelayo, convenientemente resucitado para la ocasión. A pesar de todos los impedimentos, la renovación de lenguajes y el concierto con las corrientes estilísticas y temáticas que entonces se daban en Europa fue capaz de abrirse paso, aunque fuera de modo desnaturalizado: los autores españoles se adhirieron así al existencialismo, al realismo social o a la renovación vanguardista de los sesenta, como no dejan de constatar los trabajos que componen el volumen. En algunos de ellos, de hecho, las coerciones ejercidas por la dictadura son apenas un tema tangencial. En otros muchos, en cambio, dicho fenómeno ocupa un papel muy destacado.

Debemos señalar que el libro está muy bien estructurado, partiendo de un

par de capítulos iniciales de contenido más teórico y conceptual que dan paso a otros estudios que atienden a las distintas facetas del quehacer literario: el teatro (1 capítulo), la poesía (2), la narrativa (3) o el ensayo (1). Meritorias, como señalábamos, son las aproximaciones menos trilladas a fenómenos tan particulares como la narrativa hispana escrita en Filipinas o al libro de viajes, también raramente atendido.

Valeria de Marco, en el primer capítulo del libro, realiza un amplio recorrido por la tradición crítica española anterior a la Guerra Civil, centrándose de manera especial en el influjo que sobre ella ejerce la visión tradicional y católica del ya citado Menéndez Pelayo. En su opinión, críticos tan relevantes como los dos Alonso, Amado y Dámaso, padres de la estilística, no fueron capaces de sustraerse a su ensalmo. El peso de esa mirada tradicionalista y unívoca hace que pasen desapercibidas determinadas propuestas heterodoxas que chocan con el paradigma rector: es el caso, en opinión de la autora, de *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia*, el mejor libro de Alberti, según apunta (p. 44), o del *Diario de Djelfá*, de Max Aub. También anota a este respecto, el escaso interés que ha concurrido en la historiografía española el estudio del cuento con respecto a la novela, aspecto que ejemplifica en la figura de Ignacio Aldecoa. Se trata de una afirmación necesitada de mayores precisiones: como curiosidad señalaré que en mis estudios de bachillerato a comienzos de los ochenta el profesor de literatura nos propuso como lectura (obligatoria) los *Cuentos* de Aldecoa en la vieja edición de Cátedra. El acceso a la lectura de sus novelas fue

posterior y no precisamente sugerida por ningún plan universitario.

Max Hidalgo Nácher vuelve sobre la figura de Dámaso Alonso que, tras un largo periodo de vindicación, en los últimos años parece transitar por una especie de purgatorio (tanto crítico como poético). Su catolicismo, sumado al ambiente propicio del franquismo, incide, a juicio del autor, en su peculiar forma de enfocar la estilística, despojada del materialismo con que se revistió en el periodo republicano para tiznarse de inmanentismo religioso. Por eso, afirma el autor, cabe hablar de una “estilística católica” (p. 62). Tal imantación perturba igualmente la recepción del resto de corrientes críticas que se van sucediendo en las décadas de los cincuenta y sesenta del pasado siglo xx: estructuralismo, *new criticism*, etc. impregnadas de cierto espiritualismo de raigambre cristiana.

Muy sugestiva es la aproximación de Rocío Ortuño Casanova a la literatura filipina escrita en español durante el franquismo y a cómo esta (sorpresivamente) fue aprovechada por el régimen dictatorial para propagar su ideario imperialista. Lógicamente el número de autores que empleaban por entonces el español en Filipinas era muy escaso y asido todavía a un modernismo ya claudicado desde hacía años en la península, pero ello no fue óbice para que su voz fuera convenientemente difundida en España. Ortuño Casanova nos ofrece además un rico panorama del interés gubernamental por entablar vínculos con la antigua colonia que va acompañado de la publicación de libros o del estreno de películas de tema filipino.

Berta Muñoz Cáliz recorre la conflictiva relación que el teatro español escrito

durante el franquismo tuvo con la censura. Para ello toma como ejemplo la obra de algunos de los literatos más reputados: Enrique Jardiel Poncela, Alfonso Sastre, Antonio Buero Vallejo o Pedro Salinas, este último dentro del campo del exilio. Todos ellos sufrieron sus embates en forma de prohibiciones o de tachaduras parciales. Llamamos especialmente la atención algunos de los datos que la autora nos ofrece como por ejemplo las dificultades que Buero tuvo durante el periodo en el que Fraga ocupó el Ministerio de Información en el que supuestamente la censura fue más benévola.

Tras este necesario asedio al teatro de posguerra nos encontramos con otro curioso capítulo en el que se trata del libro de viajes, asunto que generalmente suele ocupar un puesto ancilar dentro de las historias de la literatura. Sin embargo, fue cultivado con gran fertilidad durante el franquismo y conoció la aparición de al menos dos grandes especialistas que renovaron el género: Josep Pla y Camilo José Cela. Pero, antes de ellos, como muestra Geneviève Champeau, el relato de viajes se marcaba como fin la propagación del ideario imperialista español mediante la exaltación de su pasado colonial o de una idílica España rural que no se compadecía con la realidad. Contra ese trampantojo se rebelan los citados Pla y Cela que muestran una realidad mucho más cruda en la cual ahondarán si cabe más los practicantes del “realismo social”.

De poesía tratan los dos capítulos siguientes. El profesor Juan José Lanz, reputado especialista en este campo de estudios, traza un muy cernido y documentado panorama de la evolución de la poesía tras la quiebra de la Guerra Civil: a

partir de un consistente apoyo documental muestra el proceso de configuración de la Generación del 27 y de su inserción como modelo para las jóvenes hornadas, trata también de la controvertida Generación del 36 o de las revistas que, desde diversos presupuestos teóricos y críticos entablaron entre ellas polémicas y enfrentamientos que sirvieron a la par para que la poesía evolucionara. No olvida tampoco la relación de la poesía española con el exilio que sigue su propio cauce y en donde no faltan las miradas panorámicas a través de antologías e historias de la literatura. En el artículo se cuele algún descuido o lapsus como el hecho de ubicar a la revista madrileña *Finisterre*, en donde aparece el famoso artículo de Dámaso Alonso “Una generación poética (1920-1936)”, en México (p. 162). No apareció tal artículo en el exilio, como pareciera sugerirse, sino en la España franquista (el director de la publicación era miembro del Opus Dei). Por otra parte, se echa de menos en el artículo, cuando se trata sobre el proceso de configuración del marbete “Generación del 27”, la referencia al capital libro de Andrew A. Anderson *El veintisiete en tela de juicio* en donde, entre otras muchas cosas, se muestra cómo fue Juan Chabás el primero en emplear dicho rótulo en su libro de 1944 *Nueva historia manual de la literatura española*, aparecido en Cuba (no es, como se apunta [p. 167], Valbuena Prat quien instaura el término en 1957, sino el citado Chabás varios años antes).

Sobre este mismo territorio poético pivota el trabajo de María Teresa Navarrete quien sin embargo se ocupa de las peleas soterradas que se dan entre los distintos grupos poéticos de la península por

hacerse con el cetro que marca el canon poético del momento. Empresas editoriales, fundación de revistas, tertulias literarias, antologías poéticas, todo ello no surge de forma espontánea, sino que busca hacerse con una posición dominante. Las tensiones entre Madrid y Barcelona o entre estas capitales y el potente núcleo andaluz, entre el centro y la periferia o incluso dentro de los mismos grupos alertan sobre un mar de fondo que Navarrete nos muestra con pertinente erudición. Todo ello debe ser tenido en cuenta, como apunta la autora “para componer en su totalidad el complejo mosaico de autores que caracteriza” (p. 207), a la promoción lírica de los 50.

Sobre el realismo y la literatura comprometida trata Bénédicte Vauthier en su aportación. Vuelve en ella sobre la polémica que Guillermo de Torre mantuvo con Juan Goytisolo y José Marra-López por la crítica que estos hicieron de la literatura deshumanizada de los años veinte. Los dos proponen una literatura realista y comprometida, de fondo marxista. Frente a ellos, Torre se erige en defensor de una “literatura responsable” que opone a lo que denomina “literatura dirigida”, aquella que cae en el mero panfleto y que por tanto pierde su carga de denuncia. Sobre este asunto ya había debatido Torre en un periodo tan convulso como fue el de la Guerra Civil con Antonio Sánchez Barbudo desde las páginas de *Sur* y de *Hora de España*. En una honda similar emite el posicionamiento de José María Castellet en su libro *La hora del lector*, asunto que también se aborda en este trabajo, en el que se reproduce la breve e interesante correspondencia que el crítico catalán mantuvo con Guillermo de Torre.

Complementario del trabajo anterior es en cierta medida el capítulo siguiente, centrado en esta ocasión en la narrativa y en la dificultad que esta tuvo desde posicionamientos realistas para asimilar la lección del exilio. Fernando Larraz se marca como objetivo testar la hipótesis de que la parcial y desenfocada recepción de la novela escrita por los exiliados no solo contó con el impedimento de la censura sino que también obró en su contra una mirada pacata por parte de las jóvenes hornadas de escritores adscritos al realismo que fueron incapaces de asimilar por una parte la riqueza y diversidad de las propuestas novelísticas del periodo republicano y en consecuencia de las líneas innovadoras que los exiliados prosiguieron cuando abandonaron el país. En nuestra opinión, Larraz opera con sólidos argumentos para verificar su intuición. Su conclusión es en cierta medida desoladora: “la incomunicación entre viejos intelectuales republicanos y jóvenes novelistas antifranquistas se revela como una suerte de fatalidad trágica que vino a perpetuar la estela de la victoria de un régimen político aun entre quienes no creían en él” (pp. 274-275).

Si Larraz se ocupa, aunque sea de forma tangencial, de la novela realista española, de su continuación, la neovanguardia narrativa, se encarga Domingo Ródenas de Moya. En su caso, no le importa tanto el escrutinio de la influencia que pudo ejercer sobre este tipo de relatos la mano de la censura (se trataba de novelas tan exigentes y minoritarias que probablemente fueron consideradas por tal motivo inocuas ideológicamente) como historiar su proceso evolutivo. Con su habitual solvencia y amenidad, fundada en una sólida erudición, a lo que se añade

algún agradecido chispazo humorístico, Ródenas repasa un catálogo de obras en las que “pocos lectores pasarían sus vacaciones” (p. 286). Como en la quema de libros quiijotesca, no falta la salvación de lo más perdurable dentro de aquella aventura que por momentos se extravió por zonas pantanosas (ahuyentando de paso a legiones de lectores).

Cierra el volumen una necesaria aproximación al fenómeno del *boom* hispanoamericano que tanto éxito cosechó entre el público lector, cansado probablemente de esa literatura ensimismada de la que se hablaba en el punto anterior. Cristina Suárez Toledano se encarga de demostrar que no todo fueron luces en aquel resplandor: prevalecieron intereses económicos sobre otros puramente literarios, muchos autores hispanoamericanos fueron ensalzados en detrimento de otros tantos que quedaron ensombrecidos y, además, no faltaron los celos entre los autores españoles que vieron peligrar su posición de privilegio. El celebrado *boom* tuvo por tanto sus ángulos oscuros.

Nos encontramos, en definitiva, ante un volumen bien trabado en el que las propuestas se incardinan unas con otras entablando diálogos enriquecedores entre sí. Proyecta una rica y por momentos fresca mirada sobre un periodo en el que no faltan las aproximaciones acomodaticias y fosilizadas. Acabar con ciertas inercias interpretativas es uno de sus principales objetivos y a fe que por momentos lo consigue, lo cual no es poca cosa.

PABLO ROJAS
(UNIVERSIDAD NACIONAL
DE EDUCACIÓN A DISTANCIA,
TALAVERA DE LA REINA)